

MISCELÁNEA

VIZCAYA VELA POR SUS MONUMENTOS

En el toque de atención que apareció en este Boletín, en la miscelánea titulada "Historia e Incuria", previniendo contra la falta de respeto en el País Vasco a las cenizas del pasado y a la conservación de las casas o lugares donde nacieron o vivieron los grandes hombres que destacaron en la historia, se aludía a la Torre de Ercilla de Bermeo y a las Torres de Salazar de Somorrostro y Portugalete.

Esta alusión era eco de la preocupación de la Junta de Cultura y de la Comisión de Monumentos de Vizcaya, por la conservación y reparación de esas torres banderizas. La de Ercilla de Bermeo y la muñatoniega de los Salazar de Somorrostro fueron recientemente declaradas Monumentos Históricos y Artísticos a solicitud de la Comisión de Monumentos de Vizcaya, a la que además del logro de esta medida que garantiza la persistencia de estas fábricas guerreras, se debe así como a la Junta de Cultura las continuas gestiones realizadas para la adquisición y reconstrucción de dichas torres y de la de Salazar de Portugalete.

De la Torre de Ercilla se halla dispuesta a desprenderse en ventajosas condiciones, a favor de una entidad cultural o corporación de arraigo en el país, su propietaria doña Ángela Allendesalazar, y también en relación con el Castillo de Muñatones ofrece una cesión digna de estudio su dueño don Mariano Mazarredo, Marqués de Fregenal, pero ambos ofrecimientos no han podido llevarse a efecto por la nula dotación de la Comisión de Monumentos y la muy escasa de la Junta de Cultura vizcaína ¡Qué no se hubiera podido hacer en Vizcaya con una consignación de medio millón de pesetas como la que percibe anualmente en Navarra de institución Príncipe de Viana!

Con tan exiguos medios, al menos se han reparado en estos últimos años algunos monumentos como la ermita románica de San Miguel de Zuméchaga y el puente medieval de Valmaséda y se ha logrado evitar, nada más que con buenas palabras y sin promesa alguna en firme, el que desaparezcan recuerdos del pasado por los que hay que continuar velando y que si fuera posible convendría adquirirlos y proceder a su reparación.

Estos últimos meses una grata noticia nos llega a todos de consuelo y es que debido al laudable desprendimiento de doña María

Chávarri, viuda del que fué señera figura vascongada don Luis de Salazar y Zubia, que se dispone a ceder a un Patronato que ha de constituirse, la Torre de Salazar de Portugalete, ésta—que fué quemada durante la revolución de Octubre de 1934—va a ser reconstruída de acuerdo con su traza originaria.

Asimismo se ha abierto un portillo de esperanza a nuestras ilusiones, al recibirse en el mes de Agosto de 1946, en la Comisión de Monumentos un oficio de la Excma. Diputación de Vizcaya, en el que por acuerdo de sesión plenaria se solicita la redacción del Catálogo Monumental de Vizcaya, para que a la vista de él la Diputación estudie qué monumentos pueden ser objeto de atención, dentro de sus medios económicos.

Excusa el decirse que el catálogo está siendo ya confeccionado, incluyéndose en él no solamente los pocos monumentos de Vizcaya que han sido declarados, Históricos y Artísticos, sino todos los edificios u objetos que merecen dicha calificación.

Como símbolo de la labor a realizar, sirva el triángulo Somorrostro-Portugalete-Bermeo, cuyas torres tantos recuerdos evocan. En la primera de ellas escribió las "Bienandanzas e Fortunas" el personaje más destacado de Vizcaya en el siglo XV, Lope García de Salazar: "Estando preso en la su Torre de Sant Martín de Muñatones, por los que él crió e acrecentó". En la de Portugalete es en la que recibió el veneno y falleció este ilustre cronista. Aludiendo a la última de las citadas torres, la de Ercilla, y a la villa de Bermeo, con gran afecto compuso las siguientes estrofas Alonso de Ercilla y Zúñiga:

*Mira al poniente a España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que procede y se extiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto.
Mira a Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya y sobre el puerto,
Los anchos muros del solar de Ercilla
Solar fundado antes que la villa.*

J. DE Y.



GUIPUZCOA Y EL PARNASO

Desde Zorrilla, el arrollador maquinista de hacer versos, hasta Paul Morend, el poeta encumbrado en el ambiente parisién, una legión de vates de tono mayor y menor ha tomado a Guipúzcoa como motivo para ejercitar su estro.

No haría a pie su viaje guipuzcoano el autor de "Don Juan Tenorio", pero a veces lo permite insinuar lo pedestre de ciertos versos. De todos modos, la máquina no desmiente en ningún caso su mecánica facilidad. Si, además de eso, hay una buena voluntad en grandes cantidades hacia nuestra tierra, los guipuzcoanos encontraremos motivos para estar agradecidos al poeta vallisoletano. El dijo:

"¡Qué gente y provincias éstas!
¡Cuánta joya atesorada
guardan de la edad pasada
por sus quebradas y cuestas!
Sus campos más son florestas
que campiñas de labor;
y, sin embargo, en redor
de sus pueblos no se ve
de tierra baldía un pie
que descuide el labrador.

.....

Dios les dé en sus montes paz,
y no torne a hacer la guerra
de gente tal y tal tierra
tierra y gente montaraz."

Un intermedio cómico corrió a cargo de aquel Mellitón González que abusaba de la sal gorda como especia estimulante de sus guisados — digo desaguisados— teatrales. Aludió también a Guipúzcoa, representada por su capital en estas estrofas de gracia chocarrera:

"San Sebastián bella, ecuórea población.
Ectilópticas calles, moderna construcción
que cruza el Urumea, de zorricos al son,
salmón.

Amplias vías que tienen de gran urbe vitola,
brisaes yodurados, salpiques de gran ola,
guizones entonantes el "Gernicaco Arbola",
Zurriola."

También Paul Morand ejercitó su musa en el asunto gupuzcoano. La dificultad de discernir en los poetas de "ultra", cuándo se ponen serios o cuándo se cubren con carátula, impide clasificar cumplidamente la siguiente composición

"Las tres y cuarto. Llegó la hora estúpida.
A través de las losas de pasta de vidrio,
el "jazz-band" me hace cosquillas en los pies.
Tiende San Sebastián su cuerpo vasco
a las flechas de los viejos jugadores
ávidos de un pleno,
(pues ¿quién sino los santos darían treinta y cinco por uno?)
cantando esa falsa canción de cuna del azar.

.....
Los peces del mar vienen a comer
a la puerta de las alcantarillas.
.....

Estréchanse las villas al borde del paseo,
como incisivos,
mientras encima
como negros molares descubiertos
los conventos jesuitas
mastican un paisaje de montañas."

Hay que convenir en que esa "poesía" de Morand resulta difícil de masticar y, consiguientemente, de digerir. Venga otro.

El otro es el autor de cierta "Descripción e Historia incompleta de la N. Provincia de Guipúzcoa, dedicada a D. Francisco de Ydiáquez, Canónigo de la Santa Yglesia de Toledo el año de 1615. Juan Martínez de la Fuente."

La tal historia es apologética. Lo eran sistemáticamente las historias prosaicas de la época, y esta historia en verso tenía que serlo forzosamente. Si no fuese anterior, se creería resabiada por Zorrilla e incluso por Morand. La cronología desbarata esa inducción. Dice así:

"Ay en San Sebastián un gran castillo
con fortísimas torres insugnables
que parece imposible combatirlo
por su fuerza y murallas admirables,
muy digno es su valor de Referillo,
porque son sus grandezas ynefables,
y hasta defendello el santo nombre
del que flechas sufrió por dios y ombre.

Biene aquí todo el trato que se embarca
de flandes, francia, irlanda, inglaterra,
noruega, escocia, suebia y dina marca,
todo viene a parar a aquesta tierra,
y quanto el océano mar abarca
gulpúzcoa también en fijo encierra
de nabíos y tratos y contratos
de muchos bastimentos y baratos..."

Se registra una copia incompleta de esa también incompleta historia rimada de Gulpúzcoa en el copioso y bien conservado archivo del linaje de Murguía, que es hoy propiedad del señor Marqués de Valdespina, actual representante del linaje.

Dicho queda que, siendo lo que es, no hay en ese manuscrito ilustraciones reveladoras de la historia gulpuzcoana. Basta decir que la alusión a los tres valles de Gulpúzcoa, que para el autor son el de Iraurgul, el de Léniz y el de Areria, coincide con la que hace Garibay a los tres certanes gulpuzcoanos, ofreciendo motivo a la interpretación que el llorado y admirado don Juan Carlos de Guerra solía dar a los tres árboles del escudo de Gulpúzcoa como indicadores de los tres valles gulpuzcoanos, aunque la motivación y la reducción topográfica discrepen.

F. A.



PARA FILOGOS

"Aitz", piedra; "uli" o "uri", pueblo o lugar; "tegui", locativo, etc. El aficionado que en su curiosidad por el vascuence "descubre" estas y otras cuantas raíces, queda en seguida contagiado de la fiebre filológica y raro es que no dé en la búsqueda de voces de otros idiomas para hacerlas proceder del nuestro, ya que no en querer demostrar el claro parentesco del vascuence con algún remoto y hasta desaparecido idioma asiático o africano. Estos escarceos filológicos llevaron en el pasado siglo a un ilustre motricotarra a sostener que en el Paraíso Terrenal se habló el eusquera, y en el presente al profesor japonés M. Yoshitomi, Licenciado en Derecho en la Imperial Universidad de Tokio, a asegurar que "los más cercanos de los japoneses entre las razas del mundo son los vascos" (ANTHOLOGIE

DE LA LITTERATURE JAPONAISE. Grenoble 1924. En la biblioteca de D. Julio de Urquijo). Afirmación que, aun a los aficionados, nos sorprende grandemente.

Como puede verse, y ello es demasiado conocido para insistir sobre el tema, el estudio del enigmático *vascuence* ha causado entre los filólogos y etnólogos serios errores y fantasías, por lo que puede deducirse fácilmente los que causa entre los simples aficionados. El que estas líneas escribe, que lo es de los más modestos, sólo cuenta en su haber con la gran prudencia que da el convencimiento de la propia ignorancia, y por ello se limita a ofrecer a los cultos lectores del BOLETIN una curiosa coincidencia.

Sabido es que el sabroso plato llamado "cocotxas" es netamente vasco o, mejor aun, guipuzcoano o, si se quiere especificar más, donostiarra, y por ello es de creer que el término con que se le conoce lo sea también procediendo de "cocotx", agalla. Pero si leemos el "Guzmán de Alfarache" podemos ver cómo este personaje comía a veces "cocosas habas", dando este nombre a un plato de habas agusanadas (de "cocos", gusanos). Si la diferencia entre ambos manjares no puede ser mayor, la similitud de los nombres es evidente: cocotxas y cocosas. ¿Qué deducir de ello? El autor de estas líneas prefiere en su ignorancia guardar silencio, no sea que ayudado por su fantasía termine como otro Yoshitomi acabando por afirmar algo parecido a lo de que un aldeano de Ataun es el hermano antípoca de un arrocero de Nagasaki.

G. M. DE Z.



DOS URBANISTAS GUIPUZCOANOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIV

La ciencia urbanística es relativamente moderna; pero el urbanismo es muy anterior a la ciencia e incluso a la urbe misma. Después de todo, la urbe, es decir, la ciudad, no es más que el urbanismo logrado, el propósito conseguido, la idea hecha realidad. Por eso, cuando vemos una ciudad tanto como la ciudad en sí, nos interesan las causas que la provocaron, las razones que hubo para crearla, el aliento que movió al urbanista en su quimera constructiva. Durante la edad antigua, fueron casi siempre razones milita-

res o estratégicas, las determinantes: un puesto fronterizo, el paso de un río, un cruce de caminos son causa y razón de todas las ciudades del medievo. Buscar otra finalidad en ellas, es dar un salto al vacío. Nadie que pensara construir una ciudad pudo tener otro propósito; la tierra no era todavía objeto de comercio y no se podía por tanto pensar en revalorizar una propiedad o poner en buenas condiciones de venta unos solares. Hasta la primera Exposición Universal de París (1867) no se podía comerciar con la tierra. Por lo menos eso dicen los manuales.

Pero no hay nada más relativo que lo absoluto, ni más falso que los manuales. Yo, al menos, sé de un caso que será una excepción, pero es un caso; y es en Azpeitia, precisamente, y en los primeros años del siglo XIV, por más señas. Había dos "casheros" que tenían, el uno, unas tierras: en Ozaca y el otro, en Iribarrena, junto al Urola, afectas ambas, por ciertos pechos al Rey. El pagar contribuciones ha sido siempre enojoso, incluso en Azpeitia, donde todo es amable y plácido. Y estos dos buenos azpeitianos darían vueltas a su magín para ver de liberar aquellas tierras de su propiedad, de las imposiciones que las gravaban; pero, ¿quién salta por encima de una contribución?

Sin embargo, nuestros anónimos propietarios no se resignaban a pagarlas. Había que conseguirlo a todo trance. Sólo Dios sabe las ideas que pondrían en juego durante sus paseos por el Urola para ver de lograrlo. Idea va, idea viene; montarían una verdadera tesis fiscal que quizá no tenía precedentes ni en Roma. Pero no son las ideas las que contienen a los recaudadores. Por eso los dos honestos contribuyentes azpeitianos dejaron un día de discurrir sobre el vacío ideológico para buscar una solución de tipo práctico. Y como entonces estaba muy en moda la creación de villas, ni cortos ni perezosos se dirigieron al Rey su señor, diciéndole que si les levantaban los pechos que pesaban sobre sus heredades de Ozaca e Iribarrena, ellos le darían a cambio unas tierras que tenían en Garmendia, para que hiciera una población. El monarca castellano debió encontrar razonable la proposición, porque otorgó la carta-puebla que decía: "por que me dixieron que dos labradores que moraban en este dicho lugar que los terrenos que ellos y avían en Garmendia que me los darían para que viniesen a poblar en esta dicha puebla si los franqueasen dos solares que ellos hon, que es el uno en Ozaca é el otro en Iribarena, que son en Iraurgi, que aquellos que morasen en estos dichos dos solares que fuesen franqueados ellos y todos sus bienes de todos los pechos que a mí oviesen a dar, tengo por bien e mando que ellos dándome todos los terrenos que ellos hon en Garmendia para facer esta puebla, que en las que ovieren en estos dichos solares y morar en ellos que sean franqueados ellos y todos su bienes de todos los pechos que a mí ovieren a dar, en tal manera que non morte más el pecho de los que y morasen en estos dichos dos solares de por dos pechos enteros en lo que montare en el pecho que estos dos

pecheros me ovleren a pechar yo lo recibiré en cuenta de los pechos que me ovleren a dar los de esta puebla".

Así nació Azpeltia, porque a unos contribuyentes azpeltianos no les hacía demasiada gracia pagar unos tributos fiscales. Claro que no se fueron de vacío porque para eso le entregaron al Rey las tierras que tenían en Garmendia. Pero habría que ver lo que revalorizarían, libres de todo pecho, los de Ozaca e Iribarrena, junto a una población que nacía. ¡Admirable sentido práctico gulpuzcoano, al que tanto debe la provincia!...

M. G. G.



BREVE SEMBLANZA DEL DR. URRUTIA (1876 - 1930)

¿Qué representa Urrutia en la cultura médica española? ¿Cuál es el perfil de su obra? ¿Dónde está su ejemplaridad?

Cuando Urrutia, recién licenciado, abandonaba la Facultad de San Carlos, la generación neorromántica del 98 libraba su batalla ideológica. A raíz de la bancarrota colonial se abrió a los españoles una era de crítica y de revisión acerba de valores, de examen de cuentas. "Todo el mundo—dice Salaverría—se creía en el deber de acusar a alguien, de buscar a los culpables de la derrota, de delatar los vicios o faltas que contribuían al atraso español". Aunque no exenta de arbitrariedad y con riesgo de caer en la negación y en el pesimismo, la labor crítica de aquella generación no dejó de ser eficaz y en ocasiones certera, por ejemplo cuando ponía en solfa la pseudología letamendiana.

Los que vinieron después, y entre éstos estaba Urrutia, eran hombres recién salidos de la Universidad. Ordenados, silenciosos, cautos y discretos, en actitud fría y distante de la política, se encerraron en la biblioteca, en el laboratorio, en la clínica, un poco al revés que sus antecesores.

Fué acaso en el campo de la medicina donde más se dejó sentir este espíritu de renovación. Verdad es que, diez años antes, Kölliker había descubierto a Cajal y que éste, con Simarro, Madinaveitia y San Martín, habían conseguido despertar el espíritu de la curiosidad científica la libido sciendi, entre sus compañeros y discípulos. Ellos importaron, especialmente de Alemania, los nuevos hábitos de tra-

bajo, de rigor, de disciplina y el culto de la erudición paciente y abnegada.

Consecuentes con este espíritu de sinceridad y seriedad científicas los médicos de nuevo cuño renunciaron a la omnipotencia. En un país, donde todos propenden por tendencia castiza a la poligrafía, resultaba un gesto casi heroico resignarse al especialismo. Pero éste se imponía por la necesidad lógica de la división del trabajo ante la multitud y complejidad de los problemas de la medicina; y con todos sus inconvenientes y limitaciones la nueva generación médica de 1900 hizo suya esta divisa "Non multa sed multum": no pretendemos abarcar muchas cosas, pero sí aspiramos a trabajar mucho en alguna de ellas. En esta parcelación del trabajo, Achúcarro optó por la neurología; Tapia se hizo laringólogo; Oreja escogió la urología; Urrutia, formado en la escuela de Madinaveitia, no tuvo que optar siquiera.

Desde 1900 a 1910 Urrutia realiza en San Sebastián el prototipo de lo que puede y debe ser un médico práctico. Sin situación oficial académica y sin servicio hospitalario, teniendo que ganar perentoriamente su pan de cada día y sujeto a atender, como médico municipal, a una clientela abigarrada de medicina, cirugía y obstetricia, lejos de caer en el adocenamiento Urrutia se aísla prudentemente, se traza un límite y un ideal. Estudia los enfermos, medita sobre sus fracasos, toma notas, acopia observaciones y las publica; sigue día por día el movimiento incesante de las ideas; y para renovar los métodos de trabajo abandona periódicamente la clientela y reanuda la vida de estudiante pobre en París, en Berlín, en Viena y en Londres. Aun así, como estos viajes de estudios duraban siempre mucho más de lo que se proponía, la consecuencia inmediata era la ruptura del equilibrio económico y la necesidad imperiosa de acudir al préstamo sin más garantía que su capital científico que solía volver centuplicado.

Urrutia sabía entonces por intuición lo que años más tarde iba a encontrar escrito en el despacho del gran cirujano William Mayo, en Rochester: "Si un hombre sabe hacer el mejor sermón, escribir la mejor historia o construir la mejor ratonera, podrá irse a habitar los bosques, pero la turba de los visitantes trazará un sendero hasta su puerta". Hacia 1912 Urrutia era ya uno de los primeros especialistas españoles.

En la vida de Urrutia, más que una inteligencia privilegiada, aun siendo extraordinaria, se advierte esta potencia de la voluntad, esta persistencia del esfuerzo, esta tensión constante hacia un ideal absorbente que llena su existencia: la pasión por el estudio al servicio de la medicina. Esta es, en mi opinión, la lección ejemplar que debemos recoger los médicos prácticos en la vida de Urrutias que, si somos fieles al ideal de nuestra profesión y tratamos de enriquecer nuestro

caudal científico, el resto, como dice el Evangelio, 'se nos dará por añadidura. Si el médico no tiene el sentimiento de que su labor cotidiana es función del movimiento científico de su época; si no tiene la satisfacción de progresar, de enriquecer la suma de sus conocimientos, de ser cada día mejor médico, acabará por perder el amor y el respeto de su profesión y hará de ella el más triste y el más nocivo de los oficios.

* * *

Las estampas de la guerra hicieron popular la silueta del oficial, centinela en las trincheras, encargado de escrutar las lejanías con sus prismáticos de largo alcance. Mientras los soldados descansan o bullen en sus oscuras faenas cotidianas, el oficial se mantiene ojo avizor y atento el oído al menor ruido, al menor indicio de movimiento trascendente. En el campo de la cultura médica española Urrutia era uno de esos observadores vigilantes, y en el área de la gastrología la antena poderosa, encargada de transmitir bien meditados y cernidos los nuevos hechos y las nuevas ideas acaecidas en la Medicina.

Hacia 1912 Urrutia se dió cuenta de que el progreso formidable de la gastrología, conseguido en los últimos treinta años en las Clínicas de Berlín y Viena, se había estacionado, y que en ese momento era de Inglaterra y de Norte América de donde venía el impulso vigoroso. Boas, el gran maestro de la escuela berlínesa, escribía por entonces que sólo la simbiosis médico-quirúrgica podía renovar la patología abdominal y dar un nuevo impulso a la gastroenterología alemana; y daba la razón a Moynihan, quien, por entonces también, 'con la tendencia al énfasis en él característica, escribía que "tan difícil es establecer la relación exacta entre los signos precoces de una enfermedad y los hallazgos de autopsia, como el conocer por el examen de las ruinas de una abadía los hábitos domésticos de los monjes que la habitaron".

Era la época en que la escuela anglosajona venía a echar por tierra el mito, aceptado en casi toda Europa, de la rareza de la úlcera duodenal, y oponía, con certera visión, a los argumentos anatómopatológicos basados en las autopsias, las alteraciones orgánicas encontradas en las intervenciones quirúrgicas, la patológica in vivo, "the pathologie of the living".

Una anécdota contada por William Mayo en 1912 causó en Urrutia una impresión decisiva. Parece ser que en cierta ocasión un célebre gastropatólogo alemán le preguntaba: "¿Cómo se entiende que, siendo usted cirujano general, vea tantas úlceras duodenales, cuando yo, que consagro mi atención a esta sola clase de enfermedades, veo tan

pocas?" "Es que se lo impide a usted el espesor de las paredes del vientre", contestó Mayo... El vasco empecinado que era Urrutia decidió que ese obstáculo no había de existir para él y resolvió hacerse cirujano.

Temoine, de Bourges, extraño espécimen humano, mezcla de místico y de hombre de acción, un demiurgo que realizaba él solo, sin ayudantes, amplias resecciones de estómago, fué su maestro quirúrgico.

Al empuñar el bisturí en 1914, Urrutia llevaba a cabo, el primero en Europa, los votos formulados por Boas porque la gastroenterología se convirtiera en una disciplina completa, como las demás especialidades. Años más tarde, en el Congreso alemán de cirugía del año 25, Aschoff, con sus enorme autoridad, dará la razón a estos médicos lanzados a la Cirugía con esta frase dicha en el latín pedante de las academias: "Sine Chirurgia non est anatomia pathologica organorum".

La transcendencia del gesto de Urrutia se deduce de la simple comparación de dos libros que han hecho época en la historia de la gastrología española: el de Madinaveitia, escrito en 1910, y el de Urrutia, publicado en 1920. El progreso considerable que se advierte en esta segunda obra no se debe tanto al concurso de los nuevos métodos de diagnóstico como al conocimiento más completo de la patología abdominal, adquirido en la sala de operaciones. Al que juzgue temeraria esta comparación yo le podría recordar aquellas nobles palabras dedicadas por Guy de Chauliac a sus maestros de Montpellier "En las ciencias el progreso se hace por adiciones sucesivas y nadie puede pretender comenzar y acabar por sí solo una obra. Son los discípulos en relación con sus maestros como niños encaramados sobre los hombros de un gigante que alcanza a ver todo lo que ve éste y desde luego un poco más". En la dedicatoria que puso Urrutia en su obra alienta este mismo espíritu de nobleza y gratitud.

Y no fueron menores en el terreno de la práctica médica los resultados de esta labor didáctica, apoyada en argumentos de quirófano. Para no hablar más que de nosotros mismos, los médicos guipuzcoanos, todos somos testigos del progreso alcanzado desde aquella época en el capítulo ominoso del abdomen agudo y del cambio radical de criterio surgido en procesos como la apendicitis, a quien hemos quitado la capitania del escuadrón de la muerte, como quería Deaver.

* * *

Urrutia aportó a la cirugía española una visión y concepción de sus problemas que, si no era nueva ni original, lo cierto es que nunca

había tenido la eficacia y categoría que alcanzó con la obra de nuestro maestro. La idea primaria, bien simple, sin embargo, como el huevo de Colón, era ésta: en la cirugía no es todo la operación; que, llevada la técnica de la cirugía abdominal casi al límite de su perfectibilidad, el riesgo operatorio, no obstante excesivo, sólo podía ser disminuído de dos maneras: con un diagnóstico precoz, para que los enfermos no llegaran tardíamente al acto operatorio y con una preparación biológica, adecuada, que aumentara sus recursos defensivos contra el shock operatorio. Esta manera, que pudiéramos llamar totalitaria, de ver y de enfocar los problemas quirúrgicos, era el polo opuesto de la concepción puramente mecánica y estrictamente anatómica, atribuída por Lick, no sé si con justicia, a pereza discursiva, y que dominaba de hecho en la Cirugía española.

Urrutia, de quien podía decir, como se ha dicho de Lane, que era "a surgeon who tink", un cirujano concienzudo, fué el primero en España que puso en práctica las reglas de la "association", operando, como pedía Moynihan, "con corazón de león y manos de dama"; el primero que encareció la necesidad imperiosa de mantener constante el equilibrio hidrémico de los enfermos quirúrgicos; de los primeros que se preocuparon seriamente del shock operatorio y emplearon la transfusión como su mejor antídoto; de los primeros en estudiar los fenómenos de la desintegración celular, que tiene lugar en todo trauma quirúrgico, y sus síndromes clínicos derivados, como son la insuficiencia hepática y renal postoperatoria, la acidosis quirúrgica y los trastornos inmediatos del desagüe en los operados del estómago. Acaso sea en cirugía biliar donde esta manera biológica de ver y de enfocar los problemas quirúrgicos llegó a dar sus resultados más brillantes: hace 25 años nadie se atrevía a operar los enfermos de ictericia intensa, porque con la mejor de las técnicas operatorias era casi seguro el riesgo de perderlos. Con Urrutia aprendimos todos dónde estaba la fragilidad de estos enfermos y los medios de socorrerla.

* * *

En su época fué Urrutia uno de los publicistas médicos más fecundos y más leídos en España. Y puede afirmarse categóricamente que la calidad de sus publicaciones igualaba, si no superaba, a la cantidad. Yo creo que es en este aspecto donde se hizo más sensible su desaparición, porque no es fácil sostener la erudición, el rigor y el tono científicos a que él nos tenía acostumbrados, y porque sin él se echa de menos, a veces, el módulo de lo que debe ser una auténtica contribución personal, basada en la experiencia y en la reflexión.

“Dos modos de progresar tiene la ciencia, escribía nuestro Marañón en 1926: uno, normal, de reptación lenta, gracias a la erudición y al método; otro, excepcional, por grandes vuelos súbitos, merced a las alas de la intuición. Y si la cantidad, el peso bruto del progreso se debe a la labor metódica y diaria, la caudal, el brío, lo da ese acento imprevisto y genial”. Verdad paladina, mas peligroso lenguaje para tenido en esta tierra de místicos, donde todos aspiramos a la ciencia infusa e intuitiva y donde todos padecemos achaque de ambición e impaciencia intelectual y prurito de genialidad. Por donde resulta ser precisamente la disciplina mental que aquí necesitamos este acarreo paciente y abnegado de datos, hechos y experiencias; el aquilatarlos, apurarlos y concordarlos, limitando en lo posible las hipótesis brillantes, que la mayor parte de las veces, se quedan en fantasías arbitrarias o engendros de mitómanos.

Mackenzie, el gran maestro de la cardiología moderna, que fué durante muchos años un modesto médico de pueblo desdeñado por los prestigiosos oficiales, no se cansaba de repetir a sus discípulos esta sentencia ascética: “Si me preguntas cuál es el primer paso en el camino de la verdad, te diré que la humildad; si me preguntas cuál es el segundo, te contestaré que la humildad; si me preguntas cuál es el tercero, te responderé siempre que la humildad”. Por lo que tiene de ascesis y porque es acaso la mejor escuela de humildad, debemos aplicarnos, como lo hizo Urrutia, callada e íntensamente, a esta labor ingrata y oscura. Con ella consiguió nuestro maestro ver estampado su nombre con especial mención en la historia universal de la cirugía (*Kurze Geschichte der Chirurgie, von Brunn, 1928*), solicitada su colaboración en las más importantes publicaciones médicas y oír pronunciado su nombre con respeto en España y en la América española.

Meses antes de morir, Urrutia tenía ultimados treinta temas, objeto de otras tantas conferencias en los diversos centros médicos de la República Argentina y del Uruguay. La invitación había partido de la Sociedad de Gastroenterología de Buenos Aires, llevada a cabo personalmente por el Profesor Udaondo hacia 1927. Poco después Urrutia recibía la misma invitación desde Montevideo.

Este periplo en perspectiva tuvo la virtud de reverdecer, siquiera por breves días, antiguas y reprimidas aficiones marinerías del Doctor Urrutia. Juaristi, su amigo de la infancia y casi su menecmo, nos ha contado que a los 14 años, en vez de soñar como los demás muchachos con las aventuras de Mayne Reid y de Julio Verne, Urrutia se iba al muelle indefectiblemente y estudiaba allí la anatomía del quechamarín, de la goleta, del bergantín; y distinguía los palitroques del botolón, el mayor, la mesana, el trinquete, las jarcias y las cangrejas

y todo el cordaje y la trapajería con que se vestían los mensajeros de los mares del Norte. Y cuando todo lo aprendió, hubo de olvidarlo todo. El Ayuntamiento de San Sebastián, que costeaba los estudios de aquel hijo de pobres menestrales, no admitió que se lanzara al riesgo del mar y dejara sin aplicación un talento que no es necesario para llevar un barco por las rutas comerciales.

Pero Urrutia hubiera sido un buen capitán del mar; solitario, reconcentrado, observador, enérgico. Hubiera enriquecido las cartas náuticas y los museos oceanográficos.

El malogrado marino pero gran médico contaba realizar aquel viaje en los meses de Julio y Agosto del año 30, pero una crisis este-nocárdica, más violenta que las anteriores, le quitó la ilusión optimista acerca de la naturaleza de su enfermedad y le hizo desistir del viaje trasatlántico.

Aceptado estoicamente el fin próximo de su vida, Urrutia continuó trabajando con el mismo entusiasmo en la biblioteca y en la sala de operaciones. Escrita por esa época una ponencia sobre el tratamiento quirúrgico de la úlcera duodenal—un modelo de probidad y concienzudez, perfil de aquel maestro—dudo que nadie advierta en su lectura la huella de tan hondas preocupaciones.

Nuestro maestro, que en un mismo día pasó de la mesa de trabajo al lecho de muerte, dijo, sintiéndose morir: "No hay nada que hacer"... Nada que hacer para volver a la vida; pero en los libros que nos ha dejado, en cada página, dice: Todo está para hacer y por rehacer.

Seamos siempre fieles a la memoria de Urrutia los compañeros y discípulos que aprendimos tantas cosas de él y, entre otras, la suprema lección de su laboriosidad y de su hombría de bien.

J. B.



CARTAS DE UN ARCHIVO

En 1765 el impetu renovador que nos trajera el buen Rey Carlos III halla amplio eco en estas Provincias, y Peñaflovida, Narros, etc., organizan la primera Sociedad Económica española con el nombre de "Real Sociedad Baseongada de los Amigos del País", y a su ejemplo y ante su eficaz labor

surgen otras Sociedades en diversas regiones, como la Cantábrica de Santander y la Riojana, que aunque menos conocidas hoy día, realizaron una gran labor.

España, entonces exhausta tras dos siglos y medio de guerras, semi-despoblada y con su industria y comercio apenas renacidos, dió una vez más pruebas de su extraordinaria vitalidad, de la que es buena muestra la obra realizada por las diversas Sociedades Económicas, las que desgraciadamente recibieron un golpe de muerte con la destrucción y saqueo sistemático sufridos por nuestra Patria con motivo de la invasión napoleónica.

En 1792 comienza en Santander a tomar cuerpo la llamada Sociedad Cantábrica, de la que es Vice-Director el Conde de Villafuertes. Amante de la tierra que le viera nacer y hombre activo y emprendedor, que tan pronto se halla en Santander como en Laredo o en Aranjuez cerca del Rey, o en sus propiedades de Andújar, que deben de ser magníficas, pues él no duda en calificarlas de **"excelentes posesiones"**. El Presidente de la Riojana lo es el lequeñarra Conde de Hervías, que no obstante sus 61 años es tan activo como el montañés, sabiendo imponer en todas sus obras y gestiones una constancia y un orden muy propios de quien durante largos años fué brillante Oficial de las Reales Guardias Españolas de S. M.; constancia y orden que quizá sean heredadas de otro lequeñarra, su abuelo materno, el santiaguista D. Pedro Bernardo Villarreal de Bériz, que ya en plena vejez en 1736 tuvo el tesón de recopilar sus estudios sobre la elaboración de buenos hierros en su obra **"Máquinas Hidráulicas"**. De la conjunción de tan emprendedores personajes y de los Socios que les asistían tenía que surgir algún proyecto beneficioso, y éste fué el de la construcción del camino que uniese las tierras de la Rioja con el puerto de Santander. Obra beneficiosa para ambas comarcas, pues además de facilitar la salida de los vinos riojanos daba nueva vida al puerto montañés. El proyecto, obra de **"los hermanos Solineses"**, era el de unir y mejorar los caminos de la margen derecha del Ebro, y en Gimileo, entre Haro y Briones, hacer surgir un ramal que, cortando la Carretera Real de Madrid a Francia por Pancorbo, fuese a parar a Oña para ir a morir en la de Santander a Burgos. Ello implicaba el hacer puentes, traspasar sierras y verificar con los reducidos medios de la época enormes desmontes y rellenos, pero los riojanos y santanderinos no se desaniman por esto y a pesar de que los Estatutos de las Sociedades están aún sin aprobar y, por lo tanto, éstas no tienen todavía vida legal, comienzan los trabajos aunque carecen de fondos y hasta del permiso para allegarlos. Para activar el proyecto, la Riojana delega en su Presidente el Conde de Hervías, que en la primavera de ese año llega a Madrid, alojándose en la casa del vizcaíno Astrarena, sita **"en la Rez de San Luis Entrada por la primera puerta dela calle de Fuencarral quarto segundo"**, y desde allí se traslada a Aranjuez, donde de boca de D. Antonio Valdés, Ministro de Marina, escucha, no sólo buenas palabras, sino también

la seguridad de que recibirán fondos. Estas buenas noticias las saben bien pronto en Santander, pues los montañeses D. Pedro González Robles y D. Francisco Antonio de Rucabado visitan a Hervias y las comunican en el primer correo a Villafuertes; quien responde seguidamente estimulándoles para que consigan también fondos para la Cantábrica, y dando la enhorabuena a Hervias por haber sabido **"evitar ese escollo"**. Este optimismo dura poco, pues en el otoño cunde la alarma por la frontera del Pirineo. En París la revolución ha saltado de los salones a la calle y S. M. quiere impedir su funesto contagio. Villafuertes y Hervias organizan por Orden Real levas de Millolanos y con ellos salen para las fronteras de Navarra. No obstante, cinco años después los trabajos se hallan muy avanzados y la Riojana dispone de fondos suficientes y del permiso de allegarlos dentro de su región, así como de completa libertad para emplearlos, lo que es mejor todavía, pues así se evitan **"los interminables recursos del Consejo"**. Capataces vascos ejecutan rápidamente las obras y ya hay un puente tendido sobre el Najerilla a su paso por Torre Montalbo, al pie mismo de la gótica torre que allí tiene Hervias. La Sociedad, para que quede bien patente su labor, coloca en la casa que hay en la margen derecha un gran medallón con su emblema: una matrona recostada con el cuerno de la abundancia y volando sobre ella el dios Mercurio, grupo circundado entre espigas y racimos por el lema **"Prosperarás extrayendo"**. Tampoco Villafuertes se abandona, y en Septiembre de 1799, desde Aranjuez donde se halla enfermo, escribe diciendo que las obras en la Montaña van muy avanzadas, pero como no todo han de ser mieles, hace constar que los santanderinos se hallan muy disgustados por la labor egoísta que realizan los dos enviados de la Riojana que hay en la Corte, y que al parecer son gentes que **"tiene pretensiones capaces de arruinar la Agricultura de esa Provincia"** y menos mal que **"sujetos celosos de su prosperidad y buenos Patricios desbarataron tan perniciosos proyectos"**. En la Rioja siguen trabajando pero no por ello olvidan de contestar a estas quejas asegurando que los enviados han sido desautorizados y que se les han remitido **"oficios de poca satisfacción"**; pues como opina Hervias todo proyecto debe ir refrendado **"por la suave persuasión"**. Estas palabras tranquilizan a Villafuertes, que se apresura a contestar asegurando que su **"Sociedad no debe desentenderse de los medios que pueda practicar a beneficio de toda la Rioja porque los intereses de ésta están íntimamente enlazados con los de la legítima Cantabria"**. Ni las buenas palabras de ambos dirigentes, ni la desautorización de los enviados riojanos hacen efecto en Madrid, puesto que todavía en Febrero de 1800 siguen los destituidos mensajeros sosteniendo su egoísta punto de vista, y lo que es peor, siendo escuchados por los Ministros, lo que en opinión del Conde riojano es lamentable, pues **"es un dolor ver invertir en estas disputas inútiles lo que debiera emplearse en desmontes y rellenos de un camino resuelto y mandado hacer por S. M."**

La labor e influencia de los desautorizados delegados debe de ser grande, ya que consiguen entorpecer el acuerdo sobre cuál debe ser el punto en que encuentren ambos caminos, y todavía a mediados de Mayo del mismo año sostienen sus "quiméricos y escandalosos proyectos", lo que hace escribir desesperado a Villafuertes que de estas disputas "no hay exemplar en las Sociedades más turbulentas de la europa".

No obstante y a pesar de lo "interminables de los recursos del Consejo", de una larga guerra y de las intrigas y egoísmos de muchos, los riojanos y santanderinos, sostenidos por las tensas voluntades de sus dos Condes directivos, supieron dar término a la obra emprendida. Que la labor de estos "buenos Patricios" nos sirva de ejemplo.

G. M. de Z.



PARABOLA FORESTAL

Junto a la portada del caserío que se asomaba curioso desde el alto, al valle, había tres robles duros y apretados; un poco más allá, sobre la misma loma, unos nogales monumentales; y luego monte arriba, una mancha grisácea, casi plateada de hayedos, eran los elementos más viejos del paisaje. Habían visto, desde su atalaya, colocar los carriles del tren y sentido la angustia y el humo de la locomotora torpe y ruidosa que lo inauguró. También habían visto empezar las obras de la gran fábrica junto al río, ya ennegrecida y vieja, y la construcción de todas las casas obreras levantadas a su alrededor. Vieron también, un día ya lejano, jugar de niño al "aitona" del caserío; y, a su padre y, quizá a su abuelo. Todo lo habían visto; y lo habían visto; además, sin conmoverse, pensando que nada alteraba su primacía en la fina arquitectura del paisaje.

Pero últimamente vieron plantar y crecer los pinos, los innumerables pinos, todos los pinos que llenaban la loma aquélla y la de frente y la de la derecha y la izquierda; y las de las restantes colinas, montes y montañas que se divisaban desde allí. Una angustia forestal invadió el campo de abajo arriba. Los robles, los nogales y las hayas se conmovieron por vez primera, en sus raíces.

—¿Qué es lo que plantan?—preguntaron inquietos los nogales al ver que unos hombres iban poblando de pequeñitos tallos, la ladera.

—Parecen árboles—contestaron los robles que estaban más cerca.

—¿Árboles?—replicaron con incredulidad las hayas.

—Tan feos...—comentaron displicentes los nogales.

No lo podían creer. Pero eran árboles; árboles que ocupaban la superficie de una maceta; árboles que secaban la tierra como si fuesen de sal; árboles que formaban alineados y múltiples, lo mismo que soldados de un batallón; árboles que crecían con, de, en, por, si, sobre, tras los caminos, las fuentes, las peñas y los arroyos. Todo lo invadían los pinos. Eran una pleamar de un verde oscuro y feo que subía incansable en un deseo de diluvio universal. Una mancha negruzca cubrió el paisaje ahogando el verde jugoso de la hierba fresca y el oro y el caldero de las hojas secas.

Los robles, los nogales y las hayas los contemplaban empequeñecidos y humillados desde su inferioridad numérica.

—¡Cómo crecen!—dijeron unos, un día.

—Qué prisa tendrán—comentaron otros.

Y los pinos, obedientes a la economía egoísta que los había plantado, crecían de sol a sol, desfigurando por momentos la fisonomía de la campiña.

—Parece otro, el campo—se lamentaron, llenas de nostalgia, las hayas, en cierta ocasión. Y los robles miraron en práctica de comprobación, al caserío, temerosos de que un huracán los hubiera cambiado de sitio mientras estaban dormidos.

La visión abrumadora de los pinos despertó un tierno sentimiento en los árboles más viejos del paisaje.

—Con la madera de los míos—dijo, nostálgico, un roble—hacían quillas para fragatas y sillerías para coros de catedrales.

—Con la de mi especie—susurró un nogal—construían consolas para los salones y camas relucientes para el amor honesto del matrimonio.

—Con la madera de mi familia elaboraban mangos para los instrumentos de trabajo y muebles modestos para los artesanos—añadió humildemente, pero con dignidad un haya.

Y los pinos, insensibles al diálogo afectivo, seguían creciendo, creciendo, emborronando de oscuro el alegre paisaje y amenazando con cubrir los caminos, los caseríos, las fuentes y los ríos.

Un jilguero, que había asistido a la conversación, preguntó entonces:

—Y la madera de pino, ¿para qué sirve?

Fué el viento quien contestó:

—Para hacer cajas de muerto.